

# Un sueño común

## ALMA RAMÍREZ

Y el ser amado deambula por la calle  
e ignora que lleva el amor a cuestas.

Ismael Pérez, Carolina

### I

¡Qué día! Mi feliz rutina hoy se rompió gracias a esa tal Carolina. Decidí no hacer caso, pero ya me estoy poniendo de muy mal humor. Miento. No estoy de mal humor. Entristecí en cuanto me di la vuelta argumentando exceso de trabajo y dejándola con sus preguntas en el aire.

Carolina. Le llevo veinte años y me cae muy bien. Es una chiquilla regordeta, que siempre viene a la oficina con pantalones de mezclilla y camisas y zapatos a modo de “hippie”. Con peinado corto, si no fuera porque usa aretes y se pinta los labios, pasaría por un muchachillo de ojos inquietos, que se le avivan cuando prácticamente me acosa con sus preguntas. Alguien, algún fanfarrón de sus amigos de la Preparatoria Popular –que, según tengo entendido, es en donde cursa por tercera vez el primer grado de bachillerato y que por lo poco que sé de ella, algo me dice que antes de dos meses dejará de asistir–, le prestó el famoso libro de Elena Poniatowska, sobre el 68, que más que nada es una recopilación de testimonios sobre los hechos.

No sé cómo demonios se enteró Carolina de que yo formé parte, tristemente, de esos acontecimientos. Y

con sus 19 años a cuestas cree que, con mi testimonio, su vida adquirirá un sentido.

Pero la pobre Carolina no sabe lo que ha desatado dentro de mí. No. No son los acontecimientos lo que más duele de aquellos años, en los que yo creía en mí y en mi país. Duele, desde luego. Pero esta chiquilla no tiene la mínima idea de lo que fui, y probablemente no entendería mi manera de amar en aquel entonces, mi forma de ver la vida. Porque encerrado como estoy en esa oficina burocrática, no se pensaría jamás que alguna vez fui libre, o por lo menos eso creía...

Así que mi dosis del día –tres tequilas– se convirtieron en siete. Y el alcohol y los recuerdos me están lacerando lo poco que queda de mi alma.

### II

En la mirada de mi joven amiga creí apreciar un destello brillante, cuando emocionada me preguntaba todo lo que quería saber acerca de ese tema que la tiene tan exaltada. El mismo destello miraba yo en Mariana. Sólo que en Mariana era constante, parte de ella. De su rostro hermoso.

Ella apareció en la facultad, primer semestre de ciencias políticas. La vida quiso que se sentara en la banca de mi lado derecho. Así que yo podía observarla de reojo, porque Mariana era muy bonita. Clásica muchacha de los sesentas. Mariana tenía el pelo largo, casi hasta la cintura y de un color oscuro brillante. Sus hermosos ojos eran grandes y su nariz afilada le concedía un aspecto gracioso a toda su fisonomía. Su cuerpo era esbelto y tenía unas piernas maravillosamente largas y bien torneadas. Los pantalones de mezclilla ajustadísimos permitían disfrutar de su figura perfecta.

No pasaron muchos días para que nos hiciéramos buenos amigos. El semestre que comenzaba nos acercó en breve tiempo, porque la casualidad así lo quiso. Ella era alegre y desinhibida. Yo un timorato, acomplejado. Pero su carácter me ayudó a dejar de lado mi timidez y



Rubén Maya

pronto íbamos juntos de un aula a otra, cuestionando yo todo el tiempo y ella insistiendo en que la vida era bella.

Y así, algunos fines de semana nos veíamos para ir al cine y a tomar café a algún lugar barato, de esos de la Zona Rosa, junto al metro Insurgentes. Aunque en más de una ocasión esto salía contraproducente, porque en alguna de esas cafeterías una vez apareció una mosca, muerta, en el recipiente del azúcar. Mariana reía y reía ante mi indignación: “Bueno, ¿tú qué querías por cinco miserables pesos?”

Mariana vivía con su madre y su padrastro en un modesto departamento en la colonia Santa María La Ribera. Tenía cuatro hermanos, pequeños aún, concebidos en el segundo matrimonio de la madre. Pero contrario a lo que se pudiera pensar, Mariana era una chica feliz. Su padrastro, oficinista en una empresa de refrescos, era duro con ella, pero la quería bien. Sus diferen-

cias eran justamente por la edad y la rebeldía de Mariana. Pero en general él era un buen hombre. Por lo menos se ocupaba de que Mariana estudiara y le procuraba su manutención. La madre no trabajaba, típica ama de casa de aquella época. Pero creo que a pesar de ello, esta mujer pensaba diferente a las madres de aquellos años. Porque dejaba en total libertad a Mariana, siempre y cuando ella fuera responsable de sus actos.

En general Mariana tenía una buena relación con toda su familia. Eran felices. En mi caso particular, no tuve mucho tiempo de formarme una opinión sobre la mía. Yo soy de Veracruz y me vine muy joven a estudiar a México, cuando decidí continuar la preparatoria. Mi padre era un hombre responsable, trabajador. Y gracias a eso mis dos hermanas y yo no sufrimos carencias. Aun cuando mi madre, una bondadosa mujer, se oponía a que yo viniera a la ciudad, mi padre, con todo y su ignorancia, ya que apenas sabía leer y escribir, la convenció, argumentando que tal vez a mi me tocaría “una vida mejor que la que él tuvo”. Incluso a mis hermanas quiso mandarlas a la capital a estudiar, pero ellas no aceptaron la oferta. Típicas pueblerinas, sólo esperaban a su príncipe azul.

Así que con los escasos recursos que mi pobre padre podía mandarme cada semana, yo sobrevivía en una vivienda en el Centro de este contaminado Distrito Federal. A pesar de ser modesta, contaba –extrañamente– con los servicios primordiales. Por lo menos tenía su propio baño con regadera y demás, una mini-cocina y mi flamante recámara. Difícil de encontrar en aquella época. Para estudiantes como yo, apenas se podía aspirar a un cuarto de azotea en algún edificio, y con baños comunes.

Por lo tanto mis recursos eran limitados. Me daba vergüenza con Mariana, porque a veces ella pagaba el cine y yo tan sólo el café. Ni siquiera podía invitarle un pastel. Pero a ella no parecía importarle. Nuestras plá-

ticas eran interminables. Podían pasar horas y horas y nada más hacía falta. Al menos eso creía yo.

A raíz de los disturbios que se suscitaron en la vocacional 5 y la preparatoria Isaac Ochotorena, en La Alameda, se comenzó a discutir en la facultad sobre la posibilidad de participar o no en las próximas manifestaciones. Estas discusiones se prolongaban horas y horas, terminando casi siempre en disputas internas, incluso hasta en golpes. Así que a mí me tocó propinarle un rechazazo al pesado de Ricardo, hijito de papi, que “mejor debiera largarse a otra escuela, a donde fueran imbéciles descerebrados como él”.

Mariana corrió a separarnos, tratando de hacerme entrar en razón. “Es aquí donde debemos unirnos y no hacer estupideces. No podemos equivocarnos.” Ricardo le sonrió a ella y me tendió la mano. Yo lo mandé olímpicamente a la fregada. Pero Mariana me empujaba y me conminaba a hacer las paces con la bestia esa, que, para mi sorpresa, se disculpó y pidió que intentáramos hablar “en bien del movimiento”.

A regañadientes le tendí la mano. Pero, curiosamente, a partir de ese momento la cucaracha no se despegó de nosotros. Y digo “nosotros” porque era yo quien no dejaba a solas a Mariana. Mariana era mi amiga, él sólo era un arrimado, aprovechado.

Para el sábado siguiente ya no hubo remedio. Se nos pegó, literalmente, para ir al cine. La película elegida fue “El Graduado”, con Dustin Hoffman. Pero yo no pude disfrutarla del todo, porque el presumido pagó las entradas y todavía compró golosinas y palomitas. Pensé que era un imbécil, porque a Mariana con estupideces como ésas no se le ganaba.

Mi primera lección. Ya en el café (esta vez en un “Sanborn’s”, para mi disgusto), me di cuenta de mi grandísimo error. Ricardo no era tan perverso. O estúpido. Era como Mariana y como yo. Los tres estábamos llenos de ilusiones, de ideales. Sólo que él había tenido la fortuna de nacer en la casa del dueño de una fábrica de

plásticos –y éste sí era estúpido–. Burro cargando costales de dinero. Nos contó que en su casa él era la oveja negra, porque quiso estudiar en la UNAM, porque escogió la carrera de Ciencias Políticas, porque se aburre con las vecinas de la Colonia del Valle, y porque es un ermitaño, que se la pasa leyendo libros extraños en lugar de invitar a salir a las hermanas de fulano.

Después de una hora y varias tazas de café, los tres ya éramos los grandes amigos. Nada de lo ocurrido tenía importancia. Pareciera como si nos hubiéramos conocido desde mucho tiempo atrás, tal vez desde la infancia.

Ya entrada la noche, fuimos a dejar a Mariana hasta su casa en el “vocho” de Ricardo (“mi padre dice que yo debiera agradecerle, que es un milagro que yo tenga un auto con el cual pueda desplazarme, aunque sea un triste vocho”). Yo regresé feliz a mi pocilga. Creo que hacía mucho, pero mucho tiempo que no me sentía como pez en el agua.

Transcurrieron algunos fines de semana más, en los que recorríamos la ciudad en un vocho azul marino, a excepción de aquellos en que Mariana nos abandonaba, porque “de vez en cuando tenía que convivir con la familia, ir a La Villa a dar gracias, o al parque con sus hermanitos.” Y entonces nos portábamos mal, Ricardo y yo. Nos íbamos a mi pequeño departamento y fumábamos un poco de hierba, porque a Marianita “esas cosas nomás no”. Difícilmente aceptaba algo que no fueran cigarros y café.

Otros tantos domingos los tres nos encerrábamos en mi casa también, para escuchar discos de moda de Los Beatles, que Ricardo amablemente nos traducía. O de Serrat. Y algunos otros más, que nos indicaban el camino, un camino que nosotros queríamos seguir. A veces analizábamos libros, comentábamos e intercambiábamos ideas. Éramos felices.

Pero ese sábado no fue igual. Mariana no quiso ir a ningún lado. Ni siquiera al café. Así que nos fuimos a mi casa.

Había sido una semana larga y difícil. Discutíamos si debíamos continuar apoyando el movimiento. Ricardo y yo estábamos impotentes ante las preguntas inmisericordes de Mariana. Ninguno de los dos podíamos aceptarlo ante ella: teníamos miedo. Un miedo vulgar y ruin, tan real, que ponía en duda nuestra lealtad a los compañeros.

Mariana lloraba, recordando los cuerpos mutilados de aquellos jovencitos, mucho más jovencitos que nosotros mismos. El basukazo a San Idelfonso nos había marcado ya, para siempre. Lloraba recordando la sangre, el olor y el polvo. Y aquellos desgraciados, vestidos de verde, golpeando a quien se interpusiera en su camino. Lloraba también por miedo y porque su padrastro le había pedido esa mañana, con lágrimas en los ojos, que se quitara ya de esas ideas de rojos, que pediría un préstamo a la fábrica para que ella se fuera a Guanajuato, una semana, como ella se lo había pedido un año atrás y él no pudo complacerla. La abrazó, ante las lágrimas incontenibles de su madre, y le pidió que no expusiera su vida, que el maldito gobierno no se iba a tentar el corazón, y por primera vez le dijo cuánto la quería.

Mariana sabía que su padrastro tenía la razón. Pero se cuestionaba, nos cuestionábamos si era el momento de dejar de lado nuestros ideales, nuestra esperanza de ser mejores, de no ser unos mediocres, hijitos de familia, cómplices de un gobierno sordo. Nuestra opción era quedarnos en casa, mirando la televisión con los noticieros que cubrían todos los pormenores de las próximas Olimpiadas, minimizando el movimiento a escasos cinco minutos al aire, y mintiendo, como siempre, a la opinión pública.

No teníamos respuesta para la dulce Mariana. Ricardo y yo nos miramos y ya no pudimos disimular. Abrazamos a Mariana con lágrimas, ya sin pudor, a pesar de los esfuerzos. Y así transcurrió el tiempo, dentro de

esa habitación, que pareciera cobijarnos con sus paredes. Nada. Sólo tres chiquillos asustados del presente y del futuro.

Y de pronto sucedió. Nunca sabré cómo empezó todo aquello. Pero Ricardo ya estaba besando a Mariana, en los labios. El tiempo se detuvo entonces, porque sus manos comenzaron a acariciarla. Primero en el cuello y bajando luego hasta sus pechos, sobre su blusa. Mariana no se resistía, al contrario, parecía que lo estaba disfrutando, porque cuando Ricardo bajó la mano hasta su sexo, ella comenzó a gemir tiernamente y le buscó la boca con ansiedad.

Mi incredulidad ante lo que veía comenzó a ceder y decidí salirme de ahí. Pero Mariana, para mi sorpresa, me alcanzó la mano firmemente y fijó sus ojos en los míos, mientras Ricardo continuaba acariciándola por sobre la ropa. De pronto se levantó del sillón, con los ojos enrojecidos, irreconocibles, y nos tomó de la mano a los dos, llevándonos hacia la cama, como a dos seres sin voluntad propia.

Todos los movimientos los hizo ella. De tal modo que Ricardo quedó hincado a mitad de la cama con la cabeza de Mariana apoyada sobre sus muslos. Mariana llevó las manos de Ricardo hasta su blusa, indicándole con movimientos precisos que le desabotonara la prenda, incorporándose levemente para despojarse de su brassier. Mis ojos quedaron fijos ahí, en los pechos de Mariana, firmes, erguidos, pero no pude seguir admirándolos, porque Ricardo, seguramente con más experiencia que yo, ya tenía sus manos sobre aquellas frutas deliciosas, acariciándolos en círculos primero, pellizcando suavemente los pezones después, ante los gemidos lastimeros de Mariana, que me miraba fijamente.

Al mismo tiempo que buscaba la boca de Ricardo, Mariana se deshacía de los ajustados pantalones y de las pantaletas. Lo que yo miré en ese momento borraba todo lo bello y hermoso que hubiera vivido hasta entonces. Mariana, la bella Mariana, me tomó de las manos y

acercó su cara lo más que pudo a la mía, besándome con avidez, y llevando mi mano primero hasta ese lugar, con movimientos tiernos sobre esa parte bendita. Después, con delicadeza empujó mi cabeza hasta su sexo. Ya no tuvo que instruirme más, porque con mi lengua recorrí una y otra vez esa dulce parte de su cuerpo, suave y libre, para mí y para Ricardo, que ahora lamía con delicadeza los pechos de Mariana y acariciaba con destreza el vientre, el cuello y todo lo que yo le dejaba, entretenido como estaba con aquel descubrimiento, hasta entonces misterio inalcanzable.

Mariana continuaba gimiendo de placer, cuando decidí que no quería esperar más. Me despojé del pantalón y la ropa interior mientras ella abría sus lindas piernas. Y lo hice. Quiero decir: me atreví a hacerlo. Introduje lentamente el pene, y ella comenzó a mover su cadera mientras besaba con pasión a Ricardo, que también empezaba a sufrir los estragos del deseo. Fue entonces cuando ya no pude contenerme y me derrumbé sobre Mariana, gimiendo de placer indescriptible al movimiento de su cuerpo, que vibraba todo. Mirándome, me suplicó que dejara continuar a Ricardo, que literalmente enardecido sólo se desabrochó el pantalón aprisa y descubrió su miembro, iniciando su danza sobre la cadera de nuestra dulce y ahora apasionada amiga. Agotado, a un lado de ellos, quedé contemplando la escena: Ricardo sobre Mariana, igual que yo unos minutos antes, dos cuerpos perfectos, libres, felices, moviéndose en la misma dirección. Mariana dirigió sus ojos hacia mí, extendiendo su mano para que yo la tomara. En ese instante apretó mis manos con fuerza, gritando que el mundo era nuestro, que Ricardo y yo éramos sus mejores amigos. Al mismo tiempo, Ricardo se desvanecía, también, sobre ella, sobre la dulce Mariana.

Así, sin comentarios, Ricardo y Mariana se fueron a sus casas. Nos despedimos, en un silencio de tres.

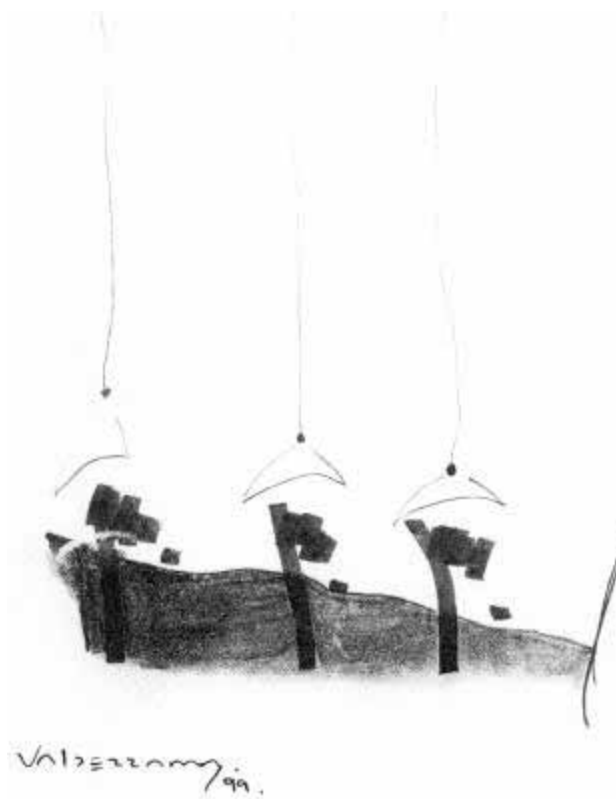
Un beso apurado de Mariana para que Ricardo volara a dejarla a su casa. Era ya muy tarde para ella.

Y después, entre marchas al Zócalo, a gobernación y otros lugares, nos dábamos tiempo para ir a mi casa, siempre los tres, a amarnos.

Nunca supe si era amor lo que Ricardo y yo sentíamos por Mariana. A veces pienso que era solamente amor a la vida. Y Mariana era la vida. A través de su cuerpo perfecto, alamarlo, estábamos amando la vida. Mariana, Mariana de la mañana, de la noche y de los sueños. Era aire limpio en un desierto. A través de sus gemidos, de su doble entrega, volvíamos a nacer, a renovarnos.

### III

A pesar de las advertencias, de las amenazas y lágrimas de familiares, Mariana, Ricardo y yo decidimos asistir al mitin del 2 de octubre de 1968. Ya no teníamos miedo. Todas las escuelas estábamos unidas, fuertemente unidas, y además nosotros tres éramos el mundo.





María Emilia Benavides

Semanas antes acudimos a la marcha del silencio, los tres bien tomados de la mano. No hubo una sola palabra en toda la jornada. Nadie miraba nuestras manos, porque en aquella época todos fuimos libres, y no hubo un solo momento en que nuestras manos se separaran. La marcha fue un éxito. Demostramos a la gente que no éramos esos cobardes irresponsables. Demostramos que éramos gente de bien.

A pesar de eso, yo tenía mis dudas. Había rumores de que la cosa iba a estar difícil. Pero Mariana y Ricardo siempre fueron más optimistas. Y yo era parte de ellos. Así que a las cinco llegamos a Tlatelolco. En silencio escuchamos al orador. No sabíamos cuánto tiempo había transcurrido exactamente cuando comenzó lo que

todo mundo ya sabe: luces de bengala, muchos, incontables disparos, hombres que portaban guante blanco en la mano derecha golpeando a todo aquel que estuviera a su alcance. Recordarlo me estremece. Me deja sin aliento. Me retumba la cabeza. Al principio los tres corrimos en la misma dirección, huyendo de las balas entre cuerpos ensangrentados. Pero en un momento Ricardo no apareció más. Mariana y yo estábamos escondidos en el sótano de un edificio, donde guardaban tambos de basura. Mariana lloraba inconsolable y de pronto se incorporó, y me dijo que debíamos encontrar a Ricardo. Yo traté de persuadirla, diciéndole que sería imposible hacerlo en aquel infierno, que no debíamos arriesgarnos más. Entonces ella comenzó a reprocharme a gritos, me dijo

que era un cobarde, que los tres éramos amigos, que habíamos hecho un pacto. Que éramos uno. Ya no pude convencerla. Salió corriendo de nuestro escondite, hasta entonces seguro, y yo detrás de ella. Lo que pasó enseguida no puedo definirlo con precisión. Mariana en el piso. Mariana con una media sonrisa, no terminada, los ojos como espejos destellantes, un hilo de sangre de la comisura de sus labios carnosos que tantas veces me besaron. Yo le gritaba, la lluvia que comenzaba le mojaba su dulce rostro. Fue lo último que tuve de Mariana. Un imbécil me asestó un culatazo en la cabeza y me llevó a jalones hasta una camioneta. Comenzaron golpes y maldiciones. Lo demás ya no importa. Nada de eso vale ya la pena. Ni los cuerpos abandonados en el suelo que yo no conocí, ni las mujeres descalzas corriendo enloquecidas. No importa cuántos muertos. Ni el fracaso de nuestro estúpido movimiento. Mariana, mi dulce Mariana ya no estaba.

Meses después salí de aquellas rejas del infierno. Ricardo, según me contó luego, se desapareció porque un soldado le disparó en el hombro, y de ahí se lo llevaron a los separos y después al Campo Militar Núm. 1. Pero el “burro con costales de dinero” regaló uno, y pudo sacar a su hijo de la cárcel. Advirtiéndole que era la última vez que lo ayudaba, siempre y cuando prometiera que dejaría esa estúpida carrera y se inscribiría en la escuela que se le ordenara.

Ricardo se quedó sin voluntad. Obedeció. Y gracias a eso, “ahora es un buen padre y esposo”. Tiene casa con jardín, juegos infantiles, televisión a colores y hasta una mascota.

Yo también me quedé sin voluntad. Y sin Mariana y sin nadie. Nunca más volví a enamorarme. Tuve otras aventuras. Pero a las mujeres sólo les interesa un vestido blanco en la iglesia, tener hijitos, y no ver más allá de sus narices. Mariana sólo pensaba en el amor libre. En

no tratar de adivinar el futuro. En aprender lo más que se pudiera y en amar hasta los huesos, como se pudiera. Mariana era.

#### IV

Hace un par de meses me encontré con Ricardo. Fuimos a tomar café. Platicamos largamente sobre aquellos acontecimientos. Me dijo que a pesar de que su vida no era la que había soñado, por lo menos le daba la certeza de que seguiría respirando las próximas horas. Pero, sobre todo, hablamos de Mariana. Y esta vez se lo dijimos los dos. Le dijimos lo que le debíamos desde hacía muchos años. Desde que compartíamos su cuerpo. La amamos. Sí, la amamos a Mariana.

Ricardo nunca olvidó su cuerpo. A pesar de su presente seguro y gris. Y yo. Yo nunca vibré igual con nadie. Nadie ocupó nunca su lugar.

#### V

Por un momento pensé mostrarle a la insistente Carolina todo esto que escribí. Pero decidí no hacerlo. Quizá no esté preparada para ello.

Por la mañana volvió a asediarme, a bombardearme con sus preguntas. No hubo más remedio que decirle la verdad. No podía hablar de eso. Aún me hace daño. Ella me miró comprensiva, se encogió de hombros y se fue a su lugar, a trabajar sobre su máquina de escribir, a elaborar los oficios que su jefe le había dictado minutos antes.

Mucho después le entregué un libro, que escogí de mi biblioteca para reparar el daño. Se trata del mismo tema que ahora la tiene tan inquieta. Sólo que éste es más fantasioso. La joven Carolina se esmera en su trabajo, termina pronto sus oficios y no hay poder humano que la levante de su lugar. El libro la atrapó. Es la ventaja de trabajar para el gobierno.

Pobre Carolina. Sin embargo, es diferente a todo lo que hay aquí. Me enternece su candidez. Su creencia de que podrá cambiar el rumbo de su vida.